

ca, que es la negación de todo barroquismo catedralicio.

Su pensamiento, nacido de los imperativos de la revolución rusa, es francamente marxista. Y como no puede haber un marxismo a priori, su actitud ideológica es experimental. Se basa en los postulados de la realidad viva. Es la consecuencia de múltiples investigaciones y sondeos preliminares, buscados en la maraña demótica. Por eso es que ha tenido usted que pormenorizar sus actividades, para en seguida lanzar una mirada panorámica, que a veces le resulta demasiado panorámica.

Muchos podrán acusarlo de teorizante, como ya lo acusan—aunque teorizar sea la máxima expresión de la inteligencia humana.—Pero no se fijan que una actitud pragmática frente al vacío, sería insólita. Primero es necesario acumular datos exactos sobre la realidad nacional, para saber lo que ha de hacerse. Y usted por el momento realiza ese trabajo. Su labor observativa es de una gran trascendencia histórica. Sus puntos de vista, por más objetables que sean, no pierden por eso su vitalidad intrínseca. Precisamente por su condición objetable, es que han de servir de hormonizantes en el desenvolvimiento de las sinergias pensamentales del país. No todo pensamiento que no se encarna en una positiva realización visual, deja de ser pragmático. Hay pragmatismo de las ideas-actos propiamente dichas, como lo hay de las ideas-hipótesis, cuando el sentido utópico de éstas surge vitalizado por la realidad y se encamina a buscar su forma definitiva en el futuro.

Hasta cierta época de nuestra historia literaria, se observa que el escritor peruano sentía una especie de fobia por todo lo que significara política. Se apartaba horrorizado de la palabra, como un hombre casto pudiera retroceder ante las puertas de un prostíbulo. Para esta clase de temperamentos, la política sabía a cosa putrefacta, a fiemo de rebaño y a prostitución. Las mismas gentes iletradas

traducían este sentimiento de asco en los reglamentos de sus asociaciones, prohibiendo terminantemente "ocuparse de política y de religión", tanto así como si se tratase de las cosas más inmorales. La juventud, influida por este malsano ejemplo, tampoco quería ver nada con la palabreja maldita. Era una casta especial de hombres la única que podía dedicarse a tan asquerosos menesteres, y a los que se dedicaba en efecto, explotándolos con instinto profesional y de casta. Por eso se prolongó entre nosotros, indefinidamente, el cacicazgo español; y por eso nuestra vida política carece de grandes figuras conductoras, de ideales divergentes y de grietas hondas, que acusen las sucesivas convoluciones por las que pasa todo pueblo que se construye a sí mismo. Y por eso también nuestra literatura es el mayor engendro de vacuidad que yo conozco; parece una literatura escrita por personajes de novela folletinesca, para deleite de señoritas solteronas. No se tenía en cuenta que, eliminada la pasión política del alma colectiva y de la mente del escritor, sólo quedaba para la historia de nuestro pueblo la incipiente teatralidad de la vida doméstica, que es lo mismo que tentar en la cáscara de la vida. Nuestro pasado, casi en su totalidad, es una sucesión ininterrumpida de escenas domésticas que se acaban en las fronteras del país. Vivimos absolutamente para nosotros una vida rudimentaria, carente de voliciones extensivas. Somos importadores de todas las actividades extranjeros y no exportamos nada típico; nada que pueda darnos carácter ni presentarnos como un pueblo vivo. Todavía desconocemos el sentido de la originalidad, y lo que es más lamentable, el sentido político, que es el único sentido que da color y tono a las culturas de las nacionalidades y de las razas fuertes.

Por eso su segunda aparición en la literatura nacional, desde el regreso de Europa, tiene un alto significado para la gente moza del país, que ve